

CULTURA IMPLÍCITA EN EL CANCIONERO

LEONÉS

León, 1997

FRANCISCO FLECHA ANDRÉS

Las canciones y coplas populares no han sido nunca, en ninguna cultura, un puro ejercicio ingenuo o intrascendente de distracción. Y aunque también tuvieran esa función indudable, servían, al mismo tiempo, como instrumentos de cohesión social, de transmisión del sistema de normas, creencias y valores a través de las que un grupo humano se reconoce e intenta que las nuevas generaciones interioricen todo ese complejo sistema a través del que se pretende eliminar los conflictos y lograr la estabilidad social.

Por ello, el análisis de las coplas y canciones populares nos permiten acceder al oscuro territorio de los temores, los deseos o las creencias de un pueblo. Sirva, como ejemplo, este superficial acercamiento que vamos a emprender para ilustrar lo que las coplas populares de León nos dicen sobre dos aspectos fundamentales en la organización y la cultura rural tradicional de estas tierras: las relaciones entre los sexos y las relaciones de vecindad.

Relaciones entre los sexos en la sociedad rural leonesa

Si una de las notas características de toda cultura rural es el fuerte control social que se ejerce sobre todo tipo de relaciones, quizá ese control social llega al máximo en las relaciones entre los sexos.

La norma fundamental en la que se apoya este tipo de control es la tajante separación entre los sexos. De todas formas, convendría hacer una distinción: a *nivel ocupacional*, la distinción sexual de las ocupaciones es, incluso, menos marcada que en la cultura urbana: la mujer trabaja codo con codo con el hombre en el campo, va al monte con las ovejas, sube a la braña con los pastores, lleva las vacas a la vecera, etc. Sin embargo, a *otros niveles*

(como pueden ser las diversiones o el trato social abierto) el control es muchísimo más riguroso.

Esta separación entre los sexos es favorecida por la misma Iglesia: en los actos religiosos, los niños se colocaban en los primeros bancos de la iglesia o en el presbiterio (a una parte los niños y a otra las niñas), en las filas de atrás, las mujeres y, al final, debajo del coro, los hombres. Los mozos normalmente subían al coro, desde donde se divisaba mejor toda la iglesia.

Al mismo tiempo, esta separación entre los sexos, tiene una doble característica: por una parte, va siempre teñida de una cierta desconfianza hacia el sexo contrario:

No te fíes de los hombres
aunque les veas las tripas,
son capaces de engañar
a las ánimas benditas¹.

Los hombres para engañar
parecen mantas mojadas,
después de haber engañado
espinas envenenadas.

Por otra parte, los miembros del mismo sexo establecen una especie de solidaridad entre sí. También aquí puede aplicarse lo que dice Pitt-Rivers sobre Alcalá de la Sierra: «Cuando se reúnen varias personas de un mismo sexo, es corriente ponerse a criticar al sexo contrario. Y en las reuniones mixtas, cuando alguien quiere hacer algo de broma se 'mete' con el sexo contrario». Todo el cancionero está cuajado de coplas en las que el tema principal es esta diatriba entre los sexos, que suele adoptar la forma de desplantes, que unas veces son simplemente jocosos y otras llegan, incluso, al insulto personal:

El amor de las mujeres
suele ser como el del perro
que aunque les sacudas palos
no desampara a su dueño.

1. Las coplas que se citan están tomadas de la recopilación de D. Berrueta, M., del *Cancionero Leonés*, León, 1971.

¡Quítate de esa ventana,
estampa de la herejía!
el que madrugó por verte
mucho sueño no tendría.

Entaruca las madreñas,
chaparro, que eres pequeño
y no te quieren las mozas
de balde ni por dinero.

En este sentido de separación, el control es mucho más exigente con las mujeres que con los hombres, a las que se pide y de las que se espera que se queden en casa, dedicadas a los trabajos domésticos porque «el buen paño en el arca se vende».

Si quieres buscarte novia
no vayas a romerías,
búscala en casa de sus padres
en ropa de to los días.

Quítate de esa ventana,
no me seas ventanera,
que la cuba de buen vino
no necesita bandera.

(Dentro de estas relaciones entre los sexos tiene una importancia fundamental el tema del amor).

Concepción del amor

A primera vista, da la impresión de que el tema del amor cae fuera del universo mental del hombre rural de León, tan comedido, tan reacio a dejar traslucir sus sentimientos, sobre todo los más íntimos. No son comunes entre nosotros los grandes dramas de celos, ni las expresiones amorosas incontroladas, como ocurre en otras culturas de España. Pero eso es todo. El amor es considerado en nuestro cancionero como una aventura personal y callada que procura no manifestarse públicamente, pero que llega a grados muy altos de sentimiento.

Por esto, con mucha frecuencia, se considera que los verdaderos amores son los amores callados, que se mantienen en silencio durante años.

Amores, por otra parte, que todo el mundo conoce y de ello se hace, incluso, broma con los interesados. Estos amores pueden manifestarse en la cantidad de servicios o de ayudas en las tareas del campo que el mozo solía hacer en casa de la moza, porque, con frecuencia, son amores entre vecinos o gente muy próxima por algún concepto:

El pimiento ha de ser verde,
los tomates colorados,
la berenjena espinosa
y los amores callados.

Tengo vergüenza y me callo,
tengo amor y no lo digo,
no se cómo te dijera
si te quís casar conmigo.

Quiérote y no te quiero
que son dos cosas,
tengo amor y no quiero
que lo conozcas.

Paralelamente a esto, se considera también como verdadero el amor imposible o contrariado. Incluso se piensa que el verdadero amor hace siempre sufrir:

Querer a quien no me quiere
es la gracia del querer,
que querer a quien me quiere
no es más que corresponder.

Querer por sólo querer,
sin esperanza de premio,
es un querer desdichado
pero es querer verdadero.

Tengo un dolor en el pecho
y los médicos me dicen
que no es dolor, que es amor
que está criando raíces.

De todas las cualidades que debe tener el amor, la más preciada, la que aparece como idea de fondo en toda la poesía amorosa del cancionero, es la de fidelidad. Sería interminable citar todas las coplas que hacen referencia a ello en el cancionero. Pondremos únicamente, como ejemplo, esta bella canción de las Omañas:

Que tengo un pie malo
que no puedo andar
que dame la cinta de tu delantal.

De mi delantal
yo te la daré
siempre que tu seas
firme en el querer.

Firme en el querer,
firme en el amar,
no quisiera, niña,
poderte olvidar.

El canon de la belleza

El canon de la belleza rural es distinto del urbano. En el pueblo se consideraba como moza guapa a la moza pequeña, regordeta, morena y colorada:

Colorada, colorada
yo no lo quisiera ser
que la guinda colorada
todos la quieren comer.

Pequeñita, regordeta
como grano de cebada,
lo que tiés de pequeñita
lo tiés de resalada.

Morenita la quiero
la labradora,
mientras más morenita
más me enamora.

Pero también son sensibles a los cánones de belleza de la ciudad, donde se valora a las altas, delgadas y de cara blanca. Y por esto, a veces, ambos cánones estéticos entran en conflicto:

Eres alta y delgada
como tu madre.
¡Bendita sea la rama
que al tronco sale!

Somos de Villabaltere,
no lo podemos negare,
tenemos la cara blanca
como las de la ciudade.

Eres alta y delgada
como el centeno,
eres a la medida
de mis deseos.

De lo que no cabe ningún tipo de duda es de cual sería el antimodelo estético en las mozas:

Tienes el andar de pava,
el meneo de perdiz,
la boca como la trucha,
aguileña la nariz.

Pantorrillas de estopa,
patas de alambre,
cuerpo de llonganiza,
tú no sos naide.

De todas fomas, la belleza física no tiene una importancia decisiva en el mudo rural, sino que está supeditada a otros valores que se consideran más importantes:

Eres buena moza, si
cuando por la calle vas,
eres buena moza, si,
pero no te casarás.

Aunque soy pequeña
 como el tomillo
 he de llevar un mozo
 como un castillo.

La belleza es, más bien, algo interior, casi indefinible. En el pueblo la belleza puramente externa de las «señoritas del pan pringao» era, incluso, hasta despreciada en favor de la gracia, «el salero», el aire, el donaire, el «valor escogido»... y, sobre todo la «limpieza», que se sobrepone a cualquier otra cosa, incluso como contrapeso de la propia pobreza:

Dime cómo te llamas.
 Me llamo Rita
 Mira que gracia tiene
 la morenita.

Me diste tacha de pobre
 otra que darme no tienes,
 mi sangre no está manchada
 que vale más que tus bienes.

Tu sal y garbo, morena,
 me hacen por siempre olvidar
 los palos que me he llevado
 y los que me he de llevar.

Quizá, el mejor ejemplo de esos valores que se estiman más que la belleza física, sean los descritos y atribuidos a la novia por sus amigas cuando le cantan el ramo antes de salir de casa de sus padres para la iglesia, el día de su boda:

La que espada bien el lino
 la que pone bien el copo,
 la que a los mozos del pueblo
 los traía medio locos.

Sabe tejer bien las sayas,
 sabe hilar pa' pantalones,
 sabe hacer bien las camisas
 y de hilo los botones.

Sabe cantar y bailar
y tocar la pandereta,
y estando de buen humor
es la música completa.

El galanteo

En la cultura tradicional, antes de ser «oficialmente» novios, las relaciones individuales en público, entre mozos y mozas eran escasas. Se daban siempre a nivel grupal. Era la «mocedad» en conjunto la que realizaba y organizaba estos contactos, valiéndose de los «filandones», las «rondas», las «hogueras de san Juan», el «Domingo tortillero»... Por eso, como ha notado Pitt-Rivers también en los pueblos del Sur, cuando dos mozos eran novios, se decía que «salen juntos» (aunque esta expresión es más bien urbana) o que «se hablan». Solamente entonces podían apartarse del grupo de mozos para pasear juntos por la carretera, a las horas del día, o la puerta de la casa de la novia por la noche, teniendo dificultades para salir por la noche, incluso al «hilorio» o al «filandón», donde se reunía una buena parte del pueblo. Al menos así lo dice la copla:

No le digas a mi madre
que tengo novio,
que se no me deja
ir al hilorio.

Por eso, el galanteo anterior al noviazgo, solía quedar reducido a los pippos o a las coplas que cantaba toda la mocedad en las rondas o en los bailes. Hay que destacar el gran sentido plástico de las comparaciones. Y es que el hombre del campo tiene muy poco poder de abstracción. Entonces, para explicar las cosas, recurre a comparaciones muy plásticas y muy concretas:

Eres como el Sol de hermosa
como la Luna brillante,
mas la Luna crece y mengua
y en tu cara no hay menguante.

Como el agua cristalina
que corre de losa en losa
tiene la cara mi niña
y un poquito más hermosa.

Eres más apañadita
que la nieve en el barranco,
que el clavel en la maceta
y la azucena en el campo.

Noviazgo y boda

El hombre rural no maneja muy bien el lenguaje (o, al menos, este es uno de sus principales complejos con respecto al hombre de la ciudad), ya que, como ellos dicen, «no saben hablar, se les trabucan las palabras». Por eso, en el trace difícil de la declaración amorosa prefieren ser parcos en palabras:

En el corazón te traigo
que no puedo más adentro,
ya me puedes entender
si tienes entendimiento,

Para superar esta dificultad, recurren a los símbolos, ya que, en esto, son verdaderos maestros. Toda la cultura rural está fuertemente dominada por los símbolos.

Así pues, el mozo solía utilizar dos símbolos distintos para manifestar su amor a la moza: *los perdones y el ramo*.

Los Perdones eran las avellanas, las nueces, una cinta o cualquier otro regalo que traía el mozo que iba a la romería. Estos pequeños regalos venían a equivaler a una declaración amorosa:

Ese galán que me tira
al mandil las avellanas,
ese es que quiere ser
cuñado de mis hermanas.

Por una triste peineta
que me diste para el pelo
me quieres tener sujeta
como el anillo en el dedo.

El Ramo. Otra de las formas simbólicas, casi rituales, de declaración era mediante la costumbre del ramo. En muchas comarcas de León y en la

montaña de Riaño, en concreto, la noche de San Juan se reunían los mozos y las mozas en torno a la hoguera de San Juan. El encargado de dirigir la función, una especie de maestro de ceremonias, era el presidente de los mozos. En esta velada se cantaba, se recitaban romances y se bailaba al son de la pandereta. (Aunque, como es de suponer, no puede asegurarse que no se hicieran o, al menos, se intentaran algunas cosas menos inocentes). Después, cuando las mozas ya se habían retirado, los mozos, durante la noche, ponían el ramo en la ventana o en el tejado de la moza a la que querían declararse. Este ramo solía ser de tejo. Esta planta se encontraba a la puerta de muchas de las iglesias del Norte de la provincia y en Asturias y, fácilmente, tenga un carácter mítico, como tendría toda la fiesta y el ritual de la noche de San Juan². El ramo era adornado con cintas de colores, con dulces, etcétera.

De cuatro a cinco colores
tengo de pintar un ramo,
encarnado, azul y verde
y encima sobredorado.

Me pusiste el ramo
¡Dios te lo pague!
Me rompiste más tejas
que el ramo vale.

A veces, el ramo también era un instrumento de control y crítica social, ya que a la moza que tenía fama de «alegre», los mozos le ponían el ramo de «Llapazos»³.

Otro de los momentos altamente ritualizados era el día en que se leía en la iglesia la primera amonestación, el día en que se «sale novio» o se «aproclaman». Ese día, o mejor, la víspera, durante la noche, los mozos echaban «el rastro» o «la empajada», que consistía en hacer un caminito de paja que iba de la casa de los novios a la iglesia, en unos casos, o de la casa del novio a la casa de la novia.

También el rastro podía tener un sentido de crítica social, ya que cuando se descubrían relaciones adúlteras entre dos vecinos del pueblo, se echaba el rastro de una casa a otra.

2. Puede verse Frazer, *La Rama Dorada*, México, 1390; también Efan, *Las supersticiones*, Barcelona, 1375, 37.

3. «Llapazos: es un regionalismo por Lampazos, planta parecida a los cardos cuya rama llevan bastantes cabezuelas que se agarran fácilmente a los vestidos y al pelo de los animales. Se llaman también Bardanas. Cachurretas y hierbas de los tiñosos (véase Dic. Espasa).

CULTURA IMPLÍCITA EN EL CANCIONERO

LEONÉS

León, 1997

FRANCISCO FLECHA ANDRÉS

Las canciones y coplas populares no han sido nunca, en ninguna cultura, un puro ejercicio ingenuo o intrascendente de distracción. Y aunque también tuvieran esa función indudable, servían, al mismo tiempo, como instrumentos de cohesión social, de transmisión del sistema de normas, creencias y valores a través de las que un grupo humano se reconoce e intenta que las nuevas generaciones interioricen todo ese complejo sistema a través del que se pretende eliminar los conflictos y lograr la estabilidad social.

Por ello, el análisis de las coplas y canciones populares nos permiten acceder al oscuro territorio de los temores, los deseos o las creencias de un pueblo. Sirva, como ejemplo, este superficial acercamiento que vamos a emprender para ilustrar lo que las coplas populares de León nos dicen sobre dos aspectos fundamentales en la organización y la cultura rural tradicional de estas tierras: las relaciones entre los sexos y las relaciones de vecindad.

Relaciones entre los sexos en la sociedad rural leonesa

Si una de las notas características de toda cultura rural es el fuerte control social que se ejerce sobre todo tipo de relaciones, quizá ese control social llega al máximo en las relaciones entre los sexos.

La norma fundamental en la que se apoya este tipo de control es la tajante separación entre los sexos. De todas formas, convendría hacer una distinción: a *nivel ocupacional*, la distinción sexual de las ocupaciones es, incluso, menos marcada que en la cultura urbana: la mujer trabaja codo con codo con el hombre en el campo, va al monte con las ovejas, sube a la braña con los pastores, lleva las vacas a la vecera, etc. Sin embargo, a *otros niveles*

Si el mozo era forastero, el día en que se salía novio, tenía que «pagar el piso», pagar a los mozos del pueblo una cántara de vino por llevarse una moza del pueblo. En la montaña de Riaño, el mozo forastero que era invitado por los mozos del pueblo a la hoguera de San Juan no tenía que pagar el piso, porque la hoguera creaba una especie de lazos de mocedad.

La boda es, con mucho, el acontecimiento más ritualizado de todos los referentes a la relación entre los sexos. Intentaremos hacer una reconstrucción de la ceremonia y del día de la boda en general, conscientes de que, en los pequeños detalles, en cada pueblo existían variantes distintas.

Ya desde por la mañana temprano, los mozos amigos del novio comenzaban a tirar cohetes. Y este era el primer anuncio de lo «rumbosa» que iba a ser la boda, según fuera la cantidad de cohetes que se hacían explotar.

A una hora ya determinada, como al mediodía, normalmente, para que la gente que no había sido invitada volviera del campo y pudiera asistir a la ceremonia y al bollo, comenzaba la ceremonia. El primer acto era ir a buscar a la novia. Se organizaba la comitiva. En primer lugar va el tamborilero, personaje esencial en toda fiesta popular. Solía ser un hombre de la zona y servía, al mismo tiempo (como los pobres, hojalateros o pellejeros) como mensajero: ponía al corriente de los acontecimientos más importantes de la comarca o traían noticias de los conocidos de otros pueblos. Iba equipado con dulzaina y tamboril. Detrás venían los mozos amigos del novio (los «mozos del caldo», como son llamados en Maragatería, especie de Maestros de Ceremonias), que llevaban arcos de ramas, debajo de los cuales iba el novio y el padrino. El padrino, desde este momento, no podía separarse ni un solo instante del novio, porque si no los mozos raptarían al novio y el padrino tendría que pagar el rescate que, normalmente, consistía en una cántara de vino para los mozos.

Cuando la comitiva llegaba a casa de la novia, la puerta estaba cerrada. El padrino la golpeaba tres veces y entonces se abría. Aparecía el padre de la novia y le preguntaba al padrino:

—¿Qué busca Ud. en esta casa?

—Busco una prenda que tengo aquí olvidada⁴.

4. Según la variante maragata, el padrino llama dos veces y dice: «Venimos a cumplir la palabra empeñada». Para la descripción de la boda, ver Carro Celada, E., *La aduana del tiempo*, León, 1970, 170 y ss., para la boda maragata y Mancebo Valbuena, J., *Lazo de almas*, León 1936, 59-60, para la boda en la montaña de Riaño.

El padre entraba en la cocina y le presentaba al padrino una rueca o cualquier otro utensilio, diciendo:

—¿Es esta la prenda por usted olvidada?

—No, es otra más preciada.

Entraba, de nuevo el padre y, tomando de la mano a una muchacha joven, decía:

—Esta será la prenda olvidada

—No, es otra mejor criada.

Y otra vez volvía el padre a retirarse para traer del brazo a la novia. Al verla, decía el padrino:

—Esta es la prenda que yo buscaba.

Entonces, mientras la novia se arrodillaba, sus amigas cantaban:

Hinca, niña la rodilla
encima del cobertor
y pide a tu padre querido
que te de la bendición.

El padre la bendecía en nombre de las tres Divinas Personas. La madre la colocaba enormes rosarios que caían hasta el suelo. Todo esto, entre suspiros y sollozos de los que estaban en la casa. Estos sollozos eran imprescindibles, porque eran una muestra del valor que se concedía a la novia y del cariño que la tenían sus familiares. Por eso, cantaban las mozas:

No la lloren tan llorada
ni la giman tan gemida
que no la llevan los moros
a tierras de morería.

Las mozas seguían cantando coplas. Hay coplas para todos los momentos del día: para despedir a la novia, para la puerta de la iglesia, para la hora del bollo después de la ceremonia religiosa, para después de la comida, para cuando la novia entre en la casa del novio, etcétera.

En las coplas de despedida se alababan las virtudes de la novia, sus bellezas y habilidades, se daban consejos a los novios, etc. Es curioso observar

el grado de idealización de toda la realidad. Aunque, realmente, esta es una característica de toda la fiesta de la boda. Podríamos decir que es la ocasión en que el villano se siente señor: come como los señores y viste como los señores y, por tanto, idealiza todo cuanto le rodea para que haga juego con la celebración. También los padrinos, como veremos más adelante, son objetos de idealización y hasta las cocineras a las que se las llama «señoras cocineras». La misma idealización se hace de la comida y del vino y, en fin, de todo. Veamos, ahora, algunas coplas de despedida:

Lo caz' que la villa es villa
y Burón tiene cimientos
nunca se ha visto otra novia
de más noble entendimiento.

Estímalas, caballero,
bien la puedes estimar
otro la pidió primero
y no se la quisieron dar.

Mucho embellecen y adornan
a la novia de esta boda
sus afables cualidades
y su irreprochable honra.

Asómate a esa ventana,
echa los brazos afuera,
si te quieres despedir
aquí están tus compañeras.

Un entrañable suspiro
exhala nuestro corazón.
Adiós, predilecta amiga
y adorable Concepción.

Aunque de vuelta el cerrojo
y media vuelta la llave,
no te despidas del todo
de la casa de tus padres.

Esta calle está empedrada
con hojas de perejil,
que la empedró el señor novio
cuando la vino a pedir.

Salga, salga, señor cura
que otro día rezará,
está la niña aguardando
y se nos va a desmayar.

Salga, salga, señor cura
con los libros de casar
que los saca pocas veces
y se van a apolillar.

Entra, niña, pa' la iglesia,
pisa la piedra labrada,
último día de soltera
y primero de casada.

Una vez terminada la ceremonia eclesiástica, los invitados entregaban a los novios, como ofrenda, mazapanes y tartas blancas mientras las mozas volvían a cantar a la puerta de la iglesia:

Sal, casada, de la iglesia,
que te estamos esperando
pa' darte la norabuena,
que sea por muchos años.

Entonces, se organizaba de nuevo el desfile hasta la casa de la novia, donde habían colocado, a la puerta, dos altas sillas para la novia y la madrina. Al llegar allí, el novio decía con tono galante:

- Sentaivos, casada, en silla enramada.
- Sentaivos, madrina, en silla florida.

En este momento, el novio, al lado de la novia, recibía la rociada de trigo que le vertía el padrino, mientras decía:

- Que vuestro matrimonio sea fecundo.

Después, el padrino sacaba un monigote de pan en una bandeja como premio para la carrera del bollo. Carrera que se realiza delante de los invitados. Este muñeco solía llevar monedas en la cabeza. En la carrera podían participar los invitados y los forasteros. El ganador guardaba las monedas y repartía el bollo entre los corredores. Mientras tanto, todos los vecinos del pueblo que no habían sido invitados a la boda eran obsequiados con

vino y pastas, servidos por los «mozos de caldo», que eran los amigos de los novios, que servían la comida como un honor. También se espera que el padrino dé a los mozos dinero para vino o para el chocolate que se hace después del baile o a últimas horas de la noche del día de la boda. El padrino solía hacerse el remolón, para dar más intriga a la situación y, por ello, durante todo el día se le lanzaban indirectas para que «cumpla» con su obligación.

A continuación, venía la comida, que solía ser abundantísima. En la maragatería, el menú obligado era el cocido maragato, en el que los platos fuertes se sirven al principio (el jamón, lacón, chorizo, morcillas, morro, garbanzos) para terminar con los fideos y el mazapán. En otras zonas, el menú varía, pero lo que no solía faltar nunca era el arroz con leche o las natillas, bien adornadas con filigranas o iniciales de canela o de azúcar quemada con un hierro al rojo.

Terminada la comida, comenzaba la animación de la sobremesa. Se empieza con un viva a los novios, los padrinos, el cura que los casó, «los convidados y yo», se alaba la comida, el vino, la elegancia de la madrina, se le insinúa al padrino que cumpla con su deber, se dan consejos a los casados y se cantan coplas jocosas. Y, al final, se termina con el baile de pandereta que continuaba hasta el anochecer. Ejemplos típicos de estas coplas de sobremesa podrían ser las siguientes:

Vivan los señores novios
y el cura que los casó,
el padrino y la madrina,
los convidados y yo.

Vivan y revivan
los señores novios,
vivan y revivan
y vivamos todos.

Que bueno estaba el arroz!
con la canela por cima,
las señoras cocineras
muchísimos años vivan.

Este vino es de Peralta,
cogido entre verdes parras,
tengan cuidado, señores,
no tengan que andar a gatas.

En la casa de la novia
estaba muy bueno el bollo,
el mazapán y la rosca
y el vino, que era de Toro.

Detente, Sol relumbrante,
que vas por el alto cielo,
verás casada brillante,
esposa del caballero.

Cuando del altar volviste
la cara a nuestra Señora,
blanca flor me pareciste
y Aguila revoladora.

Mucho embellecen y adornan
a la novia de esta boda
sus afables cualidades
y su irreprochable honra.

Si quieren saber del novio
el mérito y la valía,
miren a las otras mozas
que cara tienen de envidia.

Padrinos de tanto lujo
y de tan alto linaje,
cómo no trajon el coche
con escuderos y pajes?

La madrina de esta boda
es una rosa encarnada,
es una flor peregrina
de la comarca babiana.

No se hallará en un museo
una perfecta figura,
cual es la madrina de hoy,
toda gracia y donosura.

Las señoras cocineras
pongan agua a calentar
que el señor padrino dice
que es muy duro de pelar.

A este señor padrino
le tiene dicho su esposa
que por duro más o menos
no quede mal con las mozas.

Señores, este padrino
¿en qué tienda los compró
los cordones del bolsillo
que tanto los apretó?

Ya te puson el comal,
ya te echaron la jamosta,
ya no te puedes soltar
aunque te pique la mosca.

Ya vos ciñen con el yugo
juntamente los cornales,
ahora sos vais para casa
más humildes que pardaes.

Casadina a tu marido
trátale como un señor,
que cuando salga a la calle
parezca un corregidor.

Las arras y los anillos
que vos puson en los dedos
son lazos irresolubles
que vos dejan prisioneros.

Casada, ya estás casada
con los libros de las bodas,
que tengas tanta fortuna
como la mi burra torda.

El día que yo me case,
me alegrare no parezcan
ni el cura, ni el sacristán,
ni las llaves de la iglesia.

En la montaña de Riaño, por la tarde, al sol puesto, se organizaba una comitiva de casa de la novia a la del novio. La novia llevaba en carro todo su equipo. A la puerta, el suegro la bendecía, la suegra la ayudaba a ponerse de pie, la besaba y la llamaba «hija mía».

En algunas zonas, donde las parcelas eran muy pequeñas o son zonas muy pobres como, por ejemplo, el antiguo Páramo, el nuevo matrimonio acostumbraba a vivir durante un año cada uno en casa de sus padres. Durante este año, el hombre trabajaba las parcelas que le dejaban sus padres y ayudaba a sus padres y a sus suegros.

Relaciones de vecindad en la sociedad rural leonesa

El concepto de vecindad es un concepto central en la cultura rural. Es más, podríamos decir que se trata de una auténtica realidad originaria, en el sentido de que de ella dependen todas las demás realidades. Es lo que confiere el auténtico status social de los individuos. Y si en todas las culturas tiene importancia este ser social, en la cultura rural, la importancia es infinitamente mayor.

Quizá por este mismo hecho de que la cultura rural está fuertemente basada en el concepto de comunidad, el individuo concreto apenas cuenta para nada, sino es como perteneciente a un grupo. Y este grupo o, por seguir la definición académica, esta «comunidad altamente centralizada, tanto estructural como emocionalmente» que «proporciona la totalidad de las relaciones humanas»⁵ es el pueblo. Y la pertenencia al pueblo es lo que se expresa con el concepto de vecindad.

Esta situación de vecino se adquiere por el nacimiento o por el matrimonio con un miembro de la comunidad. Las personas o familias que venían al pueblo no adquirían el título de vecinos hasta después de un período relativamente largo de permanencia ininterrumpida en él. Ese período podía oscilar entre los dos y los cinco años. Después de ese tiempo, y empadronados en el pueblo, se pasaba a ser vecino con todos los derechos y deberes que esto llevaba consigo.

Este reconocimiento de la situación de vecino solía tener su manifestación externa en la adjudicación de un lote de tierra (quiñón, suerte) del patrimonio comunal⁶. En muchos pueblos, cuando el individuo nacido en el pueblo llegaba a la mayoría de edad, se le daba «media suerte». Si este vecino se casaba con una vecina del mismo pueblo, se les concedía automáticamente «una suerte entera». Si uno de los cónyuges era forastero no se les daba el quiñón hasta que no hubieran pasado dos años de permanencia in-

5. Pitt-Rivers, J., *Los hombres de la Sierra*, Grijalbo, Barcelona, 1971, 44 y 55.

6. Estos quiñones eran intransferibles. Se sorteaban periódicamente para igualar las oportunidades. A la muerte del vecino volvían al común y se les otorgaba a otro nuevo vecino.

interrumpida (o el tiempo que marque la costumbre). Si el individuo se quedaba soltero, se le concedía una suerte entera cuando llegaba a la madurez (alrededor de los 35). El párroco, el maestro o el médico eran considerados vecinos desde el momento en que tomaban posesión de su cargo y, en ese momento, se les adjudicaba el quiñón.

De todas formas, este período de tiempo, más o menos largo, hasta la aceptación como vecino, cumplía también la misión de ser un tiempo en el que el individuo, mediante un proceso de socialización, debía ir interiorizando las normas y los valores del pueblo, debía considerar al pueblo como algo propio e idealizarlo, como el resto de los miembros. Por lo tanto, según sea el comportamiento del individuo, el pueblo le aceptará mucho antes. Esta aceptación también depende de que la familia o el individuo tengan el mismo modo de vida o la misma ocupación que el resto del pueblo. En este sentido, los profesionales (el veterinario, el secretario del Ayuntamiento, los agentes del Ministerio de Agricultura, el maestro, el médico y el cura), aunque oficialmente o de una forma legal sean considerados como vecinos desde el momento en que toman posesión del cargo, no llegan nunca, o llegan muy difícilmente, a ese grado de vecindad que supone el ser considerado por la comunidad como «uno de los nuestros». Esto podría estar causado por el hecho de que estos individuos no llegan a aceptar completamente las normas, las costumbres y, sobre todo, los rencores el pueblo, sino que suelen mantener una postura crítica ante ellos, unido a unos intereses y a una ocupación distinta. Así pues, la aceptación es más bien a nivel individual que institucional.

Cuando el pueblo reconoce en el funcionario esta comunidad de intereses y de vida, manifiesta su aceptación por medio de pequeños regalos (la primicia de las vendimias o de las matanzas)⁷. Esta pobre aceptación de la vecindad de los funcionarios podría deberse también al hecho de que éstos suelen atender a otros pueblos vecinos al mismo tiempo y, por lo tanto, rompen el esquema de equiparación entre pueblo (como lugar geográfico) y comunidad, que para ellos tiene tanta importancia. Hay que tener en cuenta, en este sentido, cómo el sentimiento de pertenencia y de consideración de miembro del grupo se pierde, incluso, con aquellas familias que viven diseminadas por el campo.

Por eso, tendríamos que insistir en la importancia que tiene en la comunidad rural el vivir juntos para lograr la cohesión del grupo: en los pue-

7. Estas «ofrendas» pueden tener también un cierto sentido sacral. Puede verse, en este sentido, la interpretación que defendimos, en otra ocasión: Flecha, F.: «Notas para un acercamiento apasionado a la figura del maestro», en *Golligite*, núm. 85, 82.

blos en que, por circunstancias de poblamiento, aparecen dos núcleos de población (los barrios) separados por algún accidente geográfico (la presa, el río, la loma, ...), o una vía de comunicación (la estación, la carretera, ...), o alguna construcción (la iglesia, el molino, la ermita, el cementerio, la escuela, ...), no solamente desaparece la cohesión sino que surgen, incluso, rivalidades entre ellos.

Para los nacidos en el pueblo, la vecindad no se pierde nunca del todo, aunque sólo sea a nivel afectivo, aunque trasladen su domicilio y se vayan a vivir a otro pueblo o a la ciudad. Siguen siendo «hijos del pueblo», y los hijos de éstos no son nunca considerados como forasteros.

Esta unión total creada entre todos los miembros de la comunidad rural o del pueblo⁸, está reforzada por tres mecanismos especiales: *El patriotismo*, el control social y la solidaridad estructural entre los miembros.

El patriotismo local

Los miembros de un pueblo se sienten orgullosos de pertenecer a él. Quizá por un sentido de identificación y porque, en medio de él, satisfacen sus impulsos de pertenencia. Se identifica el grupo propio con el grupo de referencia. Y esto, gracias a un proceso de idealización del propio pueblo. Ejemplos de idealización del propio pueblo nos los proporcionan, también en este caso, con enorme abundancia, las coplas populares:

No hay pueblo como mi pueblo,
ni valle como mi valle,
ni casa como mi casa,
ni calle como mi calle.

Piedrasecha es un jardín
ameno por su belleza,
allí se encuentra la granja
y el paseo de la reina.

8. Pitt-Rivers hace notar cómo en Castellano usamos la misma palabra (pueblo) para designar tanto el marco geográfico como los miembros del grupo que habitan este marco geográfico. Con lo cual, parece que se quiere indicar la gran relación que existe entre medio geográfico y comunidad (véase *op. cit.*, 19). Esta obra, como ya habrá podido advertirse, sirve de apoyo y de punto de comparación y referencia: para todo este artículo.

A veces también se cantan las excelencias de la región entera, en una especie de solidaridad mayor:

Si quieres que cante el carro
al estilo la Ribera,
pon el eje de negrillo,
los verdugos de Salguera.

La Montaña es un jardín,
las montañas son flores.
El que quiera ser feliz
busque en la Montaña amores.

Yo nací en la Montaña
y morir en ella quiero
que corre el aire más puro
y está más cerca del cielo.

En la Montaña nací
y a la Montaña yo vuelo
porque en la Montaña
se cría todo lo bueno.

Otras veces se hace resaltar alguna característica, real o imaginaria, del pueblo, que le distingue de los pueblos vecinos. Son características, en este sentido, las coplas que empiezan por «Dos cosas tiene...» o «Si quieren saber, señores...», que la mayoría de los pueblos adaptan a su propia situación:

Dos cosas tiene Boñar
que no las tiene León:
el maragato en la torre
y, en la plaza, el negrillón.

Vegamián tiene dos cosas
que no las tiene León:
la fuente de los corrales
y la peña «el Susarón».

Vegamián tiene dos cosas:
que no las tiene Madrid:
la ermita de San Antonio,
la vega, que es un jardín.

tiempo, con una gran desconfianza. En este sentido, José María Goy hace una descripción que me parece muy aclaratoria:

«(Los montañeses) de ingenio despejadísimo y bastante buena razón natural creen que el forastero, habituado a cosas grandes, se burla de la pobreza y de la ignorancia, que en verdad no tienen, por lo cual le miran con cierta prevención, que sólo se desvanece después de haberle sometido a escrupuloso análisis que, siendo satisfactorio, da por resultado la entrega total.

Más guay de los forasteros si del examen resultan suspensos. Nada encontrarán hecho y se devanarán los sesos, indagando, sin atinar con la causa de aquello, que ni es desvío, ni mal querer, ni nada; con aquello impalpablemente hostil, indefinible, que no puede atribuirse a nadie, siendo responsables todos.

Nunca verán mala cara; con ellos todos serán afables, pero se encontrarán con que tienen que hacerlo todo, incluso saber los caminos. Sin que nadie les oriente en lo más mínimo. Cuando de otra manera no pueden excusarse, ellos, que son tan listos, se harán los tontos o los sordos.

En la conversación oirán que se usa un pintoresco y figurado lenguaje, sumamente profundo, en el que, con agudísimas sutilezas percibidas sólo por ellos, siguen imperturbables su charla con el forastero, dando a entender con las mismas frases una cosa a este y otra a sus convencinos»¹⁰.

Esta desconfianza ante el forastero desaparece cuando éste se presenta unido por lazos de amistad con algún miembro del pueblo. Por eso, la amistad tiene una importancia capital en el mundo rural. Actúa como una especie de salvoconducto con el que se asegura la aceptación. Esto ocurre con los invitados a la fiesta patronal o a una boda. En este caso, todo el pueblo procura tratar bien al forastero para que se haga una buena imagen del pueblo.

Un ejemplo del trato dispensado a los invitados puede ser la copla:

Báilala bien, bailador,
a la moza forastera,
no digan que en este pueblo
bailan de mala manera.

Otro tipo de forasteros que no ofrecen desconfianzas es el de los pobres vagabundos que van de pueblo en pueblo. Cada pobre llega al pueblo en una época determinada del año, siguiendo un itinerario más o menos fijo y llega a establecer una cierta familiaridad con los vecinos del pueblo, es casi

10. Goy, J. M., *Susarón*, Ed. Luz, Madrid, 1945, 33-34.

como uno más y tiene hasta sus ciertos derechos. Su alojamiento y manutención están institucionalizados con la costumbre de «el palo de los pobres». Según esta costumbre, el alojamiento de los pobres se realizaba según un cierto turno o «velanda». Se tenía, para ello, un palo, que a veces estaba rematado en una cruz, de la que colgaba una campanilla. El pobre recogía este palo en la última casa que hubiera prestado alojamiento, para acudir a la próxima. Allí se le daba cena, cama y desayuno.

Los otros dos grandes mecanismos de cohesión, que solamente citaremos no porque no tengan importancia, sino porque encajarían más en el análisis de la realidad estructural el pueblo (que realizaremos en otra ocasión), son:

El control social, que quizá sea uno de los rasgos distintivos de la sociedad rural, en la que todo comportamiento está rígidamente normalizado y toda desviación es terriblemente criticada o ridiculizada que es, sin duda alguna, la más cruel de las críticas).

La solidaridad estructural entre los miembros. Ante un trabajo que, la mayor parte de las veces, revestía la forma de una dura lucha contra el miedo, contra una naturaleza adversa, la solidaridad es, muchas veces, una cuestión de supervivencia colectiva. Y así surge la ayuda mutua para trabajos: la recogida de la hierba, la matanza del cerdo, la ayuda institucionalizada (las veceras, las facenderas, el calecho, las cofradías y las sociedades para la ayuda mutua en las desgracias). Esta ayuda mutua está, con frecuencia, altamente ritualizado y suele terminar con una celebración festiva que suele concretarse en una comida.

Pues bien, hemos llegado al final y para despedirme, no se me ocurre otra cosa mejor que la copla que dice:

La despedida vos doy
metida en una cereza
que no quiero cantar más
nos vos duela la cabeza